



El acontecimiento será
nuestro maestro interior.

Emmanuel Mounier

Acontecimiento

REVISTA DE PENSAMIENTO PERSONALISTA Y COMUNITARIO

Edita

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:
<http://www.pangea.org/~spie>

Correo electrónico:
iem@pangea.org

Consejo de redacción

Luis A. Aranguren Gonzalo, Jesús María Ayuso, Ángel J. Barahona, Antonio Calvo, Luis Capilla, Carlos Díaz (*Director*), Luis Ferreiro (*Presidente del Instituto E. Mounier*), Teófilo González Vila, Eduardo Martínez, Mercedes Muñoz, Manuel Sánchez Cuesta, Andrés Simón, Rafael Ángel Soto, José María Vegas y Luis Miguel Villegas.

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones, publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: (91) 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Impresión: Prisma Industria Gráfica, S. A. (Madrid)

Diseño y producción:

La Factoría de Ediciones, S. L.

Servicios Editoriales

Conde de Xiquena, 15 - 2ª dcha.

28004 Madrid

Teléfono/Fax (91) 310 40 98

Editorial

Los homínidos con 780.000 años de antigüedad descubiertos en los yacimientos de Atapuerca (Burgos) corresponden a una nueva especie del género Homo, que podría representar el último ancestro común de los Neandertales y del Homo Sapiens Sapiens, del cual descendemos, según parece. Ha aparecido el *Homo antecessor*, tal y como lo ha denominado el equipo paleoantropológico de sus descubridores. Los fósiles de dientes, mandíbulas y cráneos revelan una combinación inédita de rasgos primitivos y modernos. Del *Homo ergaster* surgido va ya para dos millones de años en el sur de África, y que emigró a Europa hace un millón de años, emergió en la larga marcha de la hominización este nuevo antecesor, antecedido él mismo por otros más tempraneros. Antecedencia tras precedencia, y secuencia tras secuencia, al final he aquí al *sapiens-sapiens* que tecléa esta página culminando de momento la evolución de las especies. Aunque dicho así parece demasiado delirio de grandeza, mucho arroz para tan poco pollo.

En efecto, *sapiens-sapiens* es una redundancia similar a la de esos alemanes que, dos veces doctores, gustan ser llamados protocolariamente *Herr Doktor Doktor*. Sin embargo la cosa no es para tanto, pues ni es tan sabio este supuesto *sapiens-sapiens* que ahora escribe para vosotros, ni hay mucho que admirar al respecto en la mayoría de los Herren Doktoren-Doktoren que uno ha ido conociendo en su vida; hubiérais quedado tan vacunados como yo mismo al conocer a un grotesco Doktor-Doktor-Doktor-Doktor al que sus colegas denominaban burlescamente «el tetra-

doctor», más tonto sin embargo o precisamente por ello que una mata de habas, pues con su tetradoceta ignorancia renqueante no lograba alzar el vuelo del pensamiento ni un palmo, aunque rugía y trepidaba académicamente como esas máquinas de feria para niños muy pequeños.

En realidad pocas veces repara el alelado sabio-sabio en que la evolución continúa, siquiera sea muy lentamente, y además no siempre para mejor, pues también nos volvemos más refinados y complejos para lo malo con el curso de los años.

En todo caso la evolución es un imparable movimiento en marcha, al que sólo un fin del mundo podría detener. Mientras tanto, si –comparados con el *sapiens-sapiens* de hoy– nuestros ancestros fueron *minus-sapientes-minus-sapientes*, y los primeros de todos ellos incluso *insipientes-insipientes-del-todo*, con el mismo motivo los venideros *super-sapientes-super-sapientes* del futuro podrían considerarnos *tontillos-tontillos* a nosotros mismos, por haber llegado menos lejos que ellos: cuando de evolución se trata, hay que estar a las duras y a las maduras.

Así pues, calma: nadie fue tan lejos en su desarrollo, como para constituirse en el no va más de la progresión y de la progresía, y menos aún para menospreciar al resto; más aún, a poco que nos descuidemos, la evolución de las especies puede terminar siendo un arma de doble filo, pues nunca faltarán especímenes nazis que se erijan en cúlmen del tiempo, y de este modo, por paradoja, ellos acabarán (que no culminarán) el tiempo mismo. Dicho brevemente, la evolución debería hacernos a todos un poco más

Sapiens sapiens sí,
pero con boina
todavía

modestos, a los más y a los menos desarrollados, pues al fin y al cabo los más han llegado a serlo por gracia de los menos, y aunque sólo fuera eso ya bastaría como blasón para merecer la honra.

Pues bien, el orgulloso sapiens-sapiens del año 2.000 d.C. dista mucho de haber llegado aún a donde iba, y en él tanto se observan tantas huellas del hombre viejo como promesas del nuevo. Arrieros somos, y en el camino nos vamos encontrando, se muta poco a poco y según se puede. Sepámoslo o no,

cada ocho años aproximadamente cambian las células del cuerpo humano, pero nadie puede apercibirse de ello, dada la lentitud con que acontece, y cada año renovamos la piel de la historia sin que podamos ser conscientes de esa muda. Tengamos, pues, paciencia, bondad, y lucidez para evolucionar sensatamente y sin ponerse nerviosos, pues aunque anunciásemos en todos los medios que deseamos echar fuera nuestra piel individual o/y colectiva y sustituirla por otra mejor, nunca resultaría sin embargo

tan ajustada a nuestro cuerpo como la que nos acompaña y muta con nosotros desde los orígenes en el diario crepitar de la vida. La cuestión no es cambiar de piel por abandono, sino mejorarla por empatía.

¡Ojalá que también esta humilde página resulte algo merecedora de buena suerte y de mejor evolución, pues al fin y al cabo también ella es página no fijada todavía!

Carlos Díaz
Director de Acontecimiento